

El Josefino[®]



Nº 66 Junio 2024
DISTRIBUCIÓN GRATUITA

SAN JUAN
XXIII Y
SAN JOSÉ

Pág. 12

"TRONO
QUE OCUPA
SAN JOSÉ
EN LA IGLESIA
DIVINA"

Pág. 14

*"Sus labios son dos lirios
que destilan mirra".*

(Cant. 5, 13)

SUMARIO

... Al lector...

Pág.

AL LECTOR

3

ORACIÓN A SAN JOSÉ DORMIDO

4

SÓLO PARA TI, SEÑOR

6

MODELO DEL APOSTOLADO
DE LA ORACIÓN

10

SAN JUAN XXIII Y SAN JOSÉ

12

“TRONO QUE OCUPA SAN JOSÉ
EN LA IGLESIA DIVINA”

14

Estimados Josefinos:

Hay un silencio de apocamiento, de complejo, de timidez. Hay también un silencio despectivo, de orgullo resentido.

El silencio de San José es el silencio respetuoso y asombrado que escucha a los demás, que mide prudentemente sus palabras. Es el silencio necesario para encauzar la vida hacia dentro, para meditar y conocer la Voluntad de Dios.

San José es el santo que trabaja y ora. Trabajar bajo la mirada de Dios no estorba la tarea, sino que ayuda a hacerla con mayor perfección.

Mientras manejaba la garlopa y la sierra, su corazón estaba unido a Dios que “tan cerca” tenía... en su mismo taller.

Se cuenta que una mujer santa decía a sus compañeras de fábrica: “*Las manos en el trabajo, y el corazón en Dios*”... Ésta podría ser una imagen perfecta y acabada de San José.

El humilde carpintero de Nazaret fue proclamado por Pío IX *Patrón de la Iglesia Universal y, Custodio del Redentor*, por San Juan Pablo II. Es muy coherente que el cabeza de la Sagrada Familia sea el protector y el custodio de la Iglesia, la gran familia de Dios extendida por toda la tierra. Y esto lo fue desde su taller...

La Redacción.

Oración a San José junto a Jesús dormido

Oh, San José,
cuya protección
es tan grande,
tan fuerte
y tan inmediata
ante el Trono de Dios...
A ti confío todas
mis intenciones y deseos.

Ayúdame, San José,
con tu poderosa intercesión,
a obtener todas
las bendiciones espirituales
por intercesión
de tu Hijo adoptivo,
Jesucristo Nuestro Señor,
de modo que,
al confiarme,
aquí en la tierra,
a tu poder celestial,
te tribute mi agradecimiento
y homenaje.

Oh, San José,
yo nunca me canso
de contemplarte con Jesús
adormecido en tus brazos.
Déjame acercarme
cuando Él descansa
junto a tu corazón.

Abrázalo en mi nombre,
besa por mí
su delicado rostro
y pídele que me devuelva
ese beso cuando
yo exhale mi último suspiro.

¡San José,
patrono de las almas
que parten,
ruega por mí!

Amén.

Oración
A SAN JOSÉ

“Y todo cuanto hacéis, de palabra o de obra, hacedlo todo en el Nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por Él” (Col. 3,17).

Dios era para San José un “Amigo” que escuchaba. Su trabajo en el taller de Nazaret, ofrecido al Señor, le abría el cielo y le tendía una escala entre Él y Dios.

Dios le era cercano. El trabajo le acercaba a Él; el trabajo ofrecido con amor. Ésa es la clave: la intención con la cual lo ofrecía.

Trasladémonos, con nuestra imaginación al taller de Nazaret.

Allí no hay ruido o, mejor, allí sí lo hay... en San José no.

Su trabajo era silencioso. Sabía que en ese “trabajar silencioso” se crecía para Dios. En el silencio se oía a Dios. Le era imposible la escucha de Dios sin el silencio.

Pero su silencio, mientras trabajaba, iba más allá. No sólo en el taller había silencio sino en su interior.

Tenía silencio en sus sentidos: Ojos, oídos, lengua. Controlaba, con su silencio, su imaginación, sus instintos. Sus sentimientos estaban también en silencio: Emociones, alegrías, temores, tristezas. Cuántas veces pondría silencio también a su curiosidad, a las noticias que corrían, a las ambiciones normales entre nosotros: Ser esto, ser aquello, querer esto, querer aquello.

Su trabajo, en recogimiento, le impedía todo ese ruido.

El trabajo diario no le impedía guardar el silencio a lo que pasó, a lo que estaba por venir. Lo vivía todo en el “presente”, en el “ahora”. Ésa era su fórmula: vivir, en lo que estaba haciendo, el silencio de Dios. El Señor presente en todas las cosas y el Señor detrás de todas las circunstancias. Encontrar a Dios y amarle en el trabajo era, simplemente, esforzarse en tenerle presente siempre.

San José era carpintero. Ante Dios, ninguna ocupación era, por sí misma, grande o pequeña. Bien lo sabía Él. Adquiría su sentido eterno en la medida que Él la realizaba con amor.

El ojo simple, la limpieza de corazón, envolvían siempre su trabajo.

San José se liberaba, continuamente, de raciocinios inútiles porque, los perfectos, viven el silencio del callar a todo menos de la verdad. La verdad no mete ruido; el desorden interno y externo sí.

Su trabajo era realizado con paz... en la paz. Su trabajo carecía de tensiones no ordenadas, inestables, inquietantes. Trabajaba a pleno pulmón pero en el orden. La felicidad, para Él, no era no trabajar, sino trabajar sin el desgaste del desorden en sus afectos, en sus simpatías y antipatías; en sus exageraciones o indiscreciones. San José ayunaba de todo eso porque sólo buscaba a Dios en lo que hacía y no permitía que el ruido hiciera mella en Él.



Meditación JOSEFINA

Sólo para ti, Señor

Pero ¡cuánto influye lo exterior en lo interior! El gran enemigo de su tranquilidad podría haber sido la disipación interior de un corazón “arrastrado en todas direcciones” por sus apegos y sus afectos.

Sin embargo, en San José tampoco había cabida para esto. Su paz se fundaba en Dios, en ese Dios que le daba la estabilidad en el orden. Ese orden que tenía internamente porque le “sobraba” dominio de sí. Este dominio de sí se manifestaba en Él en la modestia, en la mesura, en el sosiego.

Mostraba en su rostro y en su proceder esa paz que sólo da el Señor. Era una paz no de la tierra. No se la podía definir pero sí sentir. Era la paz del cielo, la que Jesús proclamaría un día *“mi paz os dejo, mi paz os doy; no como el mundo la da...”*

Lo que más agradaba a Dios de San José era ver cómo se consagraba, enteramente, a su servicio. Hacía siempre todo lo que el Señor quería y cumplía lo que su Dios deseaba precisamente en el tiempo y lugar en que su Señor lo colocaba. Estaba siempre en disposición de sacrificar, a la Voluntad de Dios, todo lo que podía tener de más precioso y más querido: Sus pocos bienes, su tiempo, su libertad, su reputación y su vida entera.

San José nos enseña una lección sublime: Todo lo que lleva la señal de la Voluntad de Dios y de su agrado es grande, por pequeño que sea en sí mismo. Si el amor de Dios se manifiesta, con más generosidad, en los grandes sacrificios, en los pequeños, repetidos continuamente, se descubre más la delicadeza para con Él.

Los bienes de la tierra no lo polarizaban por completo porque ponía todo su cuidado en procurarse un rico tesoro para el cielo. Obraba siempre según Dios, en Dios y para Dios.

Según Dios porque nada hacía contra su Voluntad; en Dios, procurando siempre hallarse en estado de unión con Él; y, para Dios, porque en todo obraba por un motivo sobrenatural, para la gloria de Dios, para agradar a Dios, por amor a Dios, en la presencia de Dios, con gran fervor, uniéndose a Jesús que trabajaba con Él y dirigiéndose al Padre continuamente con su habitual...

***Sólo para ti,
Señor...***



Modelo del Apostolado de la Oración



Si alejarnos de Jesús y María y sin salir de esa casa de Nazaret, primer teatro del Apostolado de la Oración, hallaremos otro modelo perfecto y poderoso protector de este Apostolado en San José.

Todas sus obras han sido obras materiales, las más apartadas por su naturaleza del fin espiritual de la misión del Verbo Encarnado.

Y, sin embargo, ¿quién se atreverá a decir que San José ha sido extraño a esa divina misión? ¿No es la Iglesia cristiana la que, sirviéndose de las palabras de San Bernardo, le proclama *fiel coadjutor del Gran Consejo* o, lo que es lo mismo, *cooperador con Jesús y María en la gran obra de la salvación del mundo*? Por lo demás, no hay respecto de ese asunto la menor duda entre los fieles.

El poder de San José, que ha permanecido largo tiempo como velado en la Iglesia, se ha manifestado en estos últimos siglos con un brillo incomparable. Revelada a los santos y saludada con entusiasmo por los fieles, esta devoción se presenta a nuestros ojos como una de las pruebas más dulces del constante interés que toma Nuestro Señor por su Iglesia y de la solicitud con que prepara nuevos remedios a sus males siempre renacientes.

Mas, la devoción a San José no sólo es un consuelo para nuestra piedad, sino que además es un estímulo para nuestro celo. Si fue apóstol cepillando tablas, ¿quién podrá creerse excluido del Apostolado? Si, por la virtud de la intención con que animaba unas obras tan humildes en sí mismas de que se compuso toda su vida, ha contribuido a la salvación de las almas tanto y más que los más elocuentes misioneros y los más admirables taumaturgos, ¿quién tendrá derecho a oponernos la naturaleza de sus ocupaciones, o la exigencia de su pobreza como una excusa que le dispensa de emplearse en esta obra?

La misión de los santos consiste en reflejar los diversos aspectos de la vida de Nuestro Señor a fin de hacer más accesible a nuestra imitación este Divino Modelo de toda santidad.

San José ha sido destinado a reproducir esa vida oculta a la cual quiso consagrar el Verbo Encarnado la mayor parte de su vida.

Si, pues, queremos comprender el poder del Apostolado de la Oración, ¿qué otra cosa mejor podemos hacer que aprender en la escuela de San José y asegurarnos de su cooperación?

Esta cooperación nos la concederá él de buena gana con tal que queramos

ser, respecto de él, fieles discípulos; y no se negará a admitirnos a esa grande escuela de Nazaret en la que se aprende el arte de hacer divinamente las cosas más peque-

ñas y a llevar oscuramente a cabo la más gloriosa de todas las obras.

(P. Enrique Ramiere. "El Apostolado de la Oración", 4ª Edición. Barcelona 1865).



San Juan XXIII y San José



“**E**l Papa Juan XXIII se alargaba –dice su secretario– hablando de San José como si le conociese personalmente, como si se tratase de un amigo suyo con el cual viviese en íntima familiaridad, dirigiéndose a él con candor sorprendente”...

Tenía expresiones, hablando de San José, de una sencillez encantadora: “En las cosas difíciles yo me vuelvo a él y siempre me escucha. José va siempre adelante con calma y con su asnillo y llega a la meta con seguridad. Tened confianza en él que habla poco, quizás nada, pero lo puede todo”...

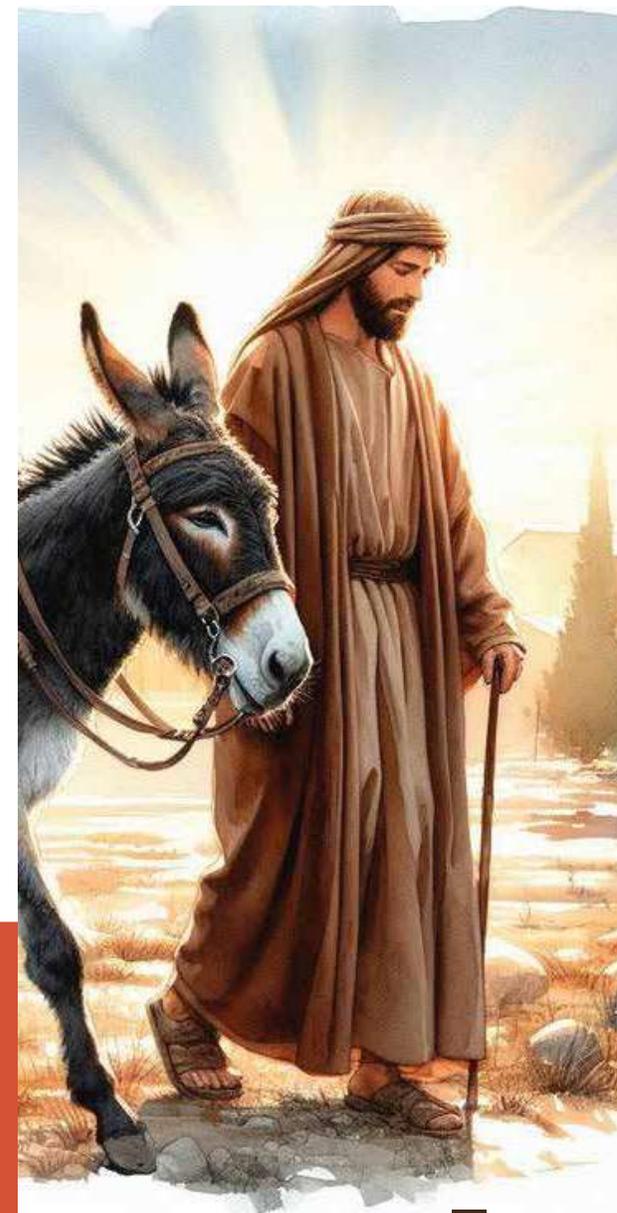
Al decidir escoger un Patrono para el Concilio Vaticano II optó por San José porque “a ninguno de los protectores celestiales puede confiárselo mejor que a él, Cabeza augusta de la Sagrada Familia y Protector de la santa Iglesia, para alcanzar la ayuda del cielo en la preparación y desarrollo del Concilio, que no pide para su realización y su éxito más que luz de verdad y de gracia, disciplina de estudio y de silencio, paz serena de las mentes y de los corazones”. (Letras Apostólicas del 19 de marzo de 1961).

Y cuando lo declaró Patrono del Concilio escribió: “Así, pues, confiando en la ayuda del Redentor Divino, principio y fin de todas las cosas, de su augusta Madre la Santísima Virgen María y de San José, a quien desde el principio confiamos tan gran acontecimiento, nos parece llegado el momento de convocar el Concilio Ecuménico Vaticano II” (Humanae salutis, 25 de diciembre de 1961).

Esta devoción a San José aparece particularmente en el hecho de incluir el nombre del santo inmediatamente después del de su Esposa, la Virgen María, en el Canon Romano, atendiendo al clamor de miles de voces que habían llegado de todo el mundo, de cardenales, obispos y fieles; y lo hizo con gran gozo de su corazón; entró en vigor el 8 de diciembre de 1962.

Con razón
ERES AMADO

(Cant. 1,4)



¿Qué orden o asiento en la Divina Jerarquía ocupa nuestro glorioso santo?

El eximio doctor Francisco Suárez, después de haber asentado que hay misterios pertenecientes al Orden de la Unión Hipostática, que es de suyo más perfecto que los demás, y en el cual coloca a la Madre de Dios, añade: “Tengo entendido que a este orden pertenece el Misterio de San José el cual, aunque ocupa su ínfimo grado, en parte sobresale sobre todos los demás como entronizado en orden superior...”

Y si por este motivo concede el angélico doctor a la Reina Inmaculada cierta perfección casi infinita, por ser su dignidad la más vecina a Jesús ¿negaremos a San José una santidad incomparable o superior a la de los demás santos, dado que fue el varón más íntimamente unido o enlazado con Jesús y con María?

Grande fue el Bautista, precursor de Cristo; profeta fue el mayor de los nacidos, predestinado a señalar con su dedo al Cordero de Dios que borra los pecados del mundo; grandes fueron los Apóstoles, escogidos por el Divino Maestro vasos de elección, dignos ministros y dispensadores de la gracia, mensajeros del cielo para llevar el Nombre de Dios a todas las gentes. Mas, unos y otros, aunque cercanos a la cumbre de esta católica jerarquía, no ejercieron cargo ninguno inmediato a la Persona de Jesucristo, al sostenimiento de la Hipostática Unión, sino que más bien

fueron escogidos para auxiliares en la predicación de sus misericordias.

Pero, la Virgen y San José, predestinados por el Altísimo a formar parte de esta *Trinidad terrena* (que es la Sagrada Familia) cuidando inmediatamente de la Persona del Verbo Encarnado, deben considerarse sublimados a un orden o jerarquía superior a cuanto puede concebir nuestro corto entendimiento.

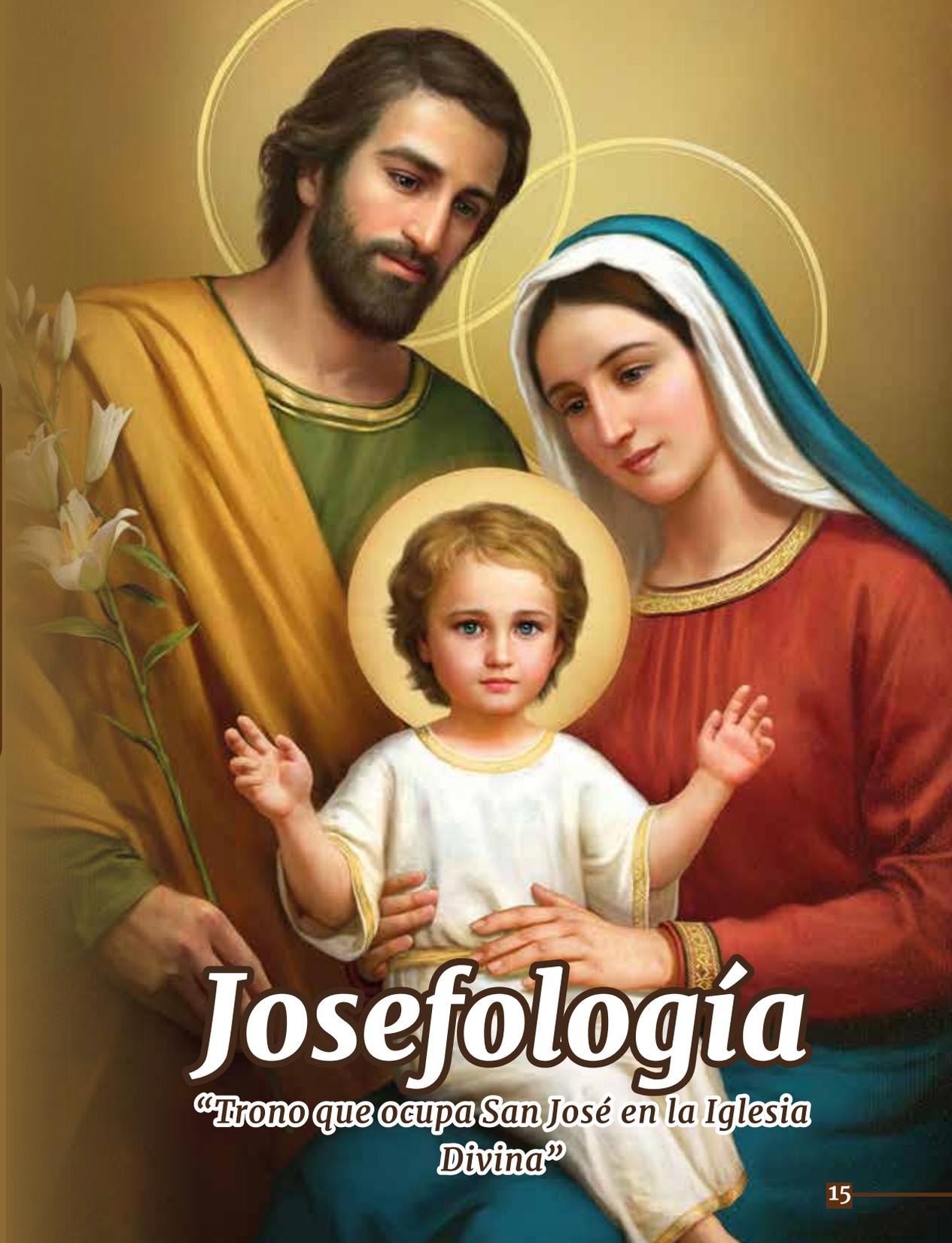
Si veneramos, pues, a María como Reina de los Ángeles y de los santos, porque concibió en sus purísimas entrañas a Jesús y lo amamantó con la leche de sus virginales pechos, ¿no debemos honrar a San José como a príncipe de todos los justos por haber alimentado a Jesús con el sudor de su rostro y haberle defendido de mil peligros a costa de tantas fatigas?

Y si por lo primero se llama *Corredentora* del humano linaje ¿no será justo que demos, con su debida proporción, a San José el glorioso título de *Cooperador de la redención humana*?

La Sangre preciosísima que Jesucristo derramó en la cruz y ofreció en holocausto para reparar la gloria de Dios y los estragos de la culpa ¿no se debía al sostenimiento ganado con los sudores y desvelos del incomparable Patriarca?

Luego, contribuyó San José a conservar el Tesoro que debía ser el precio de nuestro rescate y, por lo tanto, fue coadjutor glorioso de nuestra redención.

(Cfr. “Glorias de San José” P. Francisco Butiñá, S.I. Cap. III, pto. III.)



Josefología

“Trono que ocupa San José en la Iglesia Divina”



“San José es una prueba de que para ser buenos y auténticos seguidores de Cristo no son necesarias grandes cosas”

(Rvdo. P. Rodrigo Molina)

Síguenos en:



Ejército Blanco



www.reinadodemaria.org

NSEradio
www.nseradio.com
www.nsetv.com



nsetvradio



@nseradio
@nsetv



nseradio
nsetv

Si lo deseas, puedes contribuir con un donativo a la difusión de El Josefino.

E-mail: revistaeljosefino@gmail.com

Colección completa en:

<https://reinadodemaria.org/categoria/el-josefino/>